

RECENSIONES

FERNANDO M.^a CASTIELLA: *Una batalla diplomática*, Ed. Planeta, Barcelona, 1976, 287 pp.

La recensión de este libro tiene que salirse de lo habitual. Previa y necesariamente, tengo que hablar de su autor; porque fue mi amigo, porque fue mi compañero, porque fue—a mi juicio—uno de los hombres más buenos y más caballeros que he conocido y porque se da la circunstancia de que, dos días antes de morir, vino a darme las gracias por mi ofrecimiento a hacer esta recensión. Bien lejos estuve de pensar que, cuando la escribiese, Fernando Castiella habría muerto.

No quiero escribir elogios ni es este el sitio para ello, pero me resisto a dejar de decir que—tal como yo le vi—Fernando Castiella fue una excepción humana, e incluso una excepción política en la época que le tocó vivir. No son palabras.

Humanamente le vi en diferentes momentos y conocí de él diferentes circunstancias para pensar así. No quiero contar anécdotas menudas, pero reveladoras. Baste recordar que, cuando torpemente le apartaron de la política, él volvió a su vida sencilla, incluso tímida, sin buscar—como fue costumbre en aquel tiempo que ya parece tan lejano—las «naturales» prebendas a que el cargo ejercido le hacía «acreedor». Fue un hombre en medio de gentes.

Políticamente, pienso que también fue una excepción. Dos cualidades se juntaron para ello: el examen exhaustivo de los problemas y su tesón en el mantenimiento de la línea no improvisadamente adoptada. Sabía lo que quería y lo quería apasionadamente. No fue sólo Gibraltar. Su política exterior representa el único momento coherente—tanto como las circunstancias y condicionamientos se lo permitieron—de la proyección exterior de España, desde el final de nuestra contienda civil.

Que él entendió la política exterior en esta forma, lo demuestran las siguientes frases del libro cuya crítica estamos haciendo y que no nos resistimos a copiar porque son una síntesis de cómo debe entenderse esta política exterior en el caso de España. Así dice que: «No hay política exterior posible, ni simplemente política sin un esfuerzo sostenido e inteligente, sin un análisis sereno y profundo de cada problema, sin un espíritu animoso ante todo riesgo de desfallecimiento. Los españoles debemos abandonar para siempre nuestro frecuente hábito de improvisaciones, nuestra costumbre de tomar decisiones políticas movidos por impulsos de emoción, por simpatías o antipatías, por consideraciones superficiales y reflexiones de *dilettante*. Los problemas internacionales tienen que ser estudiados a fondo, reconociendo en

ellos todo lo que puede no gustarnos, en vez de apartarlo de nuestra vida por ingrato. Nadie, sin motivo, puede refugiarse en el recurso de culpar a otros de nuestros males porque ésa es una manera de esquivar la realidad.» Y añade, en la misma página, que: «Hay intereses permanentes de España, hay problemas antiguos que aún esperan una solución. Y no podemos soltar la presa de nuestra atención un día para vagar, erráticos, en busca de otra presa más tentadora, dando así la razón a quienes nos tienen por inconstantes y juegan con nuestra volubilidad y falta de empeño tenaz.» Y aún reitera su idea con estas palabras: «La política exterior es un asunto serio y requiere, por tanto, seriedad y una pasión fría y una capacidad inagotable de entusiasmo y de valor para sostener la mirada en los supremos intereses del país sin ceder a ningún otro, dispuestos siempre a jugarnos nuestra posición personal por la superior posición de la Patria.» Estas frases no necesitan comentario.

Y baste, aunque no baste lo anterior ni mucho menos, para dar una idea del hombre Castiella.

El libro, *Una batalla diplomática*, es su discurso de ingreso—el 25 de mayo de 1976—en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El tema desarrollado, la «batalla diplomática» que libró España, para ocupar un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones, batalla desgraciadamente perdida, pero no exenta de enseñanzas, como el autor nos hace ver.

Las negociaciones político-diplomáticas para llevar adelante el intento de España, tuvieron sus alternativas, sus momentos de optimismo y desánimo, sus apoyos, sus reticencias, sus promesas, sus defecciones. De todo ello hace el profesor Castiella cabal, cumplida y pormenorizada relación en este libro-discurso.

A lo largo de sus capítulos, pienso yo que corre una doble línea argumental: por una parte, la idea de la íntima relación entre política interior y política exterior; por otra, la también relación entre ausencia y presencia de España en la escena internacional.

En el primer sentido, late en todo el libro, como una constante, el pensamiento de que no hay una política exterior y otra política interior, sino simplemente una política que, en esta doble manifestación, debe ser coherente. Más aún, que no puede dejar de ser coherente, porque una política exterior que no se apoye en una política interior, adecuada a las circunstancias y al momento, está condenada al fracaso. Este es otro punto de reflexión en cuanto a Castiella, ministro de Exteriores: la ausencia de una política interior adecuada a la política exterior que él quiso hacer fue el fracaso de ésta, que no el suyo.

En el segundo sentido, otra enseñanza parece deducirse del libro y es la de que la ausencia de un país de la vida internacional, por un dilatado período de tiempo—como fue el caso de España—no permite, de forma improvisada, su incorporación a la misma ni menos intentar posturas de protagonismo. España, en la Sociedad de Naciones, pese a la habilidad y buena intención desplegada por los rectores de nuestra política exterior en aquel momento, no consiguió sus propósitos.

Todo el libro está lleno de sugerencias, de ideas apenas esbozadas pero ricas de contenido, de apuntes que sitúan al lector en el momento y en el

RECENSIONES

entorno y fundamentalmente de una minuciosidad en el estudio de un análisis de las situaciones y de un realismo, poco frecuente entre nosotros.

Digamos, finalmente, que el discurso nos parece escrito —y en ello vemos más la figura de Castiella— con realismo, sí, pero con apasionamiento. Creemos ver por debajo de la descripción de aquella situación —en la que tuvo papel estelar como ministro de Estado otro internacionalista famoso: don José de Yanguas— la implícita referencia a momentos mucho más cercanos a nosotros, en los que la dirección de nuestra acción exterior estuvo en manos de su autor. Y en el lector se queda como una especie de dolor de España.

Porque este libro —como dice su autor en la dedicatoria a quien esto escribe— «es un esfuerzo más en pro de esa España limpia, íntegra y erguida con la que soñamos».

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-FLORES

Catedrático de Derecho Internacional

J. N. SERVET: *China, gigante del Este*. Biblioteca Cultural de RTVE (Editorial Magisterio Español, S. A., y Editorial Prensa Española, S. A.). Madrid, 1975, 160 pp.

China interesa al estudioso, al político y al economista por diversos y poderosos motivos —muchos de los mismos son objeto de cuidadoso análisis en las páginas del libro que J. N. Servet nos ofrece—. De entre todos esos hipotéticos motivos nos atreveríamos a asegurar, sin temor a la ventura, que hay dos que priman sobre los demás: el enigma del país —su hermético silencio tan sólo roto en muy excepcionales ocasiones— y, sobre todo, la grande y sugestiva revolución sociopolítica que se ha desarrollado en su seno. De ambas cosas, como vamos a tratar de subrayar en el curso de nuestro comentario, se nos habla en la obra que tenemos en las manos. Por lo pronto, como ha dicho un experto conocedor del tema: «China ha sido el primer país que realizaría una revolución socialista apoyándose fundamentalmente en las masas campesinas y en la estrategia guerrillera. La concepción de Mao Tse-Tung difiere esencialmente de los dogmas teóricos y tácticos establecidos por Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Kautsky y otras figuras del marxismo. De acuerdo con el esquema clásico del marxismo, el protagonista básico de la revolución tenía que ser el proletariado urbano de los grandes países industriales, principalmente de Inglaterra, Alemania y Francia. Las masas campesinas desempeñarían en esta revolución un papel nulo o, cuanto más, auxiliar y secundario. Lenin y Trotsky (sobre todo el primero) señalaron ya la importancia que la clase campesina tenía para la revolución rusa, pero su concepción revolucionaria se apoyaba, en lo esencial, en la idea del partido y en el proletariado urbano-industrial.»

El autor de estas páginas, para llegar a la conclusión que hemos anticipado en la indicada cita, da un larguísimo rodeo y, consecuentemente, se remonta a la descripción de los orígenes más remotos de China e, igual-

RECENSIONES

mente, analiza cada una de las etapas que, de alguna forma, han tenido una especialísima significación en el amplio período de formación de la nación china. En efecto, nos indica, «Chung Guo, el nombre que los chinos dan a su país, significa "el País del Centro", y este nombre subraya el tradicional punto de vista chino del mundo, según el cual su país está en el centro, mientras que la distribución de los restantes es, por definición, periférica. Ahora que China ha dejado de ser un imperio, cuyos soberanos tenían un poder extraordinario, este antiguo concepto de localización carece de significado para los dirigentes de la República Popular de China. En realidad, China ocupa el sector más importante en el flanco oriental del territorio eurasiático, entre la desolada estepa siberiana y las zonas tropicales del sudeste de Asia; se asoma a la larga línea costera oriental bañada por el Pacífico Occidental, que forma los mares Amarillo, de China Oriental y de China Meridional, mientras que, en contraste, sus fronteras occidentales se confunden entre las masas arenosas de los desiertos o entre las grandes cordilleras asiáticas. China es el tercer país en extensión del mundo, después de la Unión Soviética y Canadá; el territorio chino cubre una extensión de 9,6 millones de kilómetros cuadrados. China casi se corresponde en extensión con los Estados Unidos; pero, a raíz de su relieve y de su atraso en los medios de transporte, las distancias crean graves problemas de orden político y económico. Estas mismas circunstancias han supuesto también grandes dificultades para el establecimiento de un gobierno central fuerte en Pekín y son la causa de su tendencia al localismo».

* * *

Tras un minucioso estudio de la evolución de las principales dinastías reinantes en China, J. N. Servet concentra toda su atención en lo que él denomina *el ocaso del Imperio y el Movimiento de reforma*. Para el autor, cuando menos así se expresa de forma concreta, la dinastía Ching o Manchú, que en chino quiere decir «puro» (1644-1912), representa el último eslabón de la China imperial. Con ser de origen extranjero, y precisamente por esta causa, fue más conservadora y tradicional que todas sus predecesoras. Representaba una minoría en la inmensidad de sus súbditos chinos, y trató de conciliar las opiniones de los intelectuales y los funcionarios, apoyando siempre sus puntos de vista. Si la dinastía Ching no hubiera contribuido a un movimiento conservador dentro de la estructura social china, que aborrecía los cambios, no hubiera durado mucho tiempo. Tuvo también la fortuna de contar con tres emperadores muy capaces, durante el primer siglo que siguió a su acceso al trono. Magníficos gobernantes, los emperadores Kang Hsi, Yung Cheng y Chien Lung—especialmente el primero y el tercero que reinaron cada uno sesenta años—contribuyeron grandemente a la estabilización de la dinastía. Las ventajas adquiridas durante este período de tiempo, que duró ciento cincuenta años, fueron grandes. El país estuvo en paz durante toda esta época. Solamente las guerras fronterizas con las tribus nómadas de Mongolia, que sirvieron para mantener en buenas condiciones de entrenamiento al ejército, empañaron de algún modo esta paz. En esta época el crecimiento de la población fue rapidísimo, a tenor de la prosperidad que reinaba en el país. La productividad del suelo se vio aumentada con

RECENSIONES

la importación de maíz, patatas y batatas, procedente de América que habían llegado a China a través de Filipinas.

* * *

Cuando la joven generación, a principios del presente siglo, se dio cuenta de que el país estaba a punto de ser repartido entre las potencias, pues ya empezaban a delimitarse esferas de influencia, estalló la revolución...

Comentando la situación a la que hemos hecho mención, nos indica J. N. Servert que, efectivamente, aunque las circunstancias por las que atravesaba China fueran caóticas, y sus propósitos parecieron absolutamente inoperantes a los ojos de los observadores extranjeros, en su interior existían fuerzas vivas que trataban de emerger a la superficie. El 4 de mayo de 1919, los estudiantes de Pekín, con medio siglo de anticipación sobre los de París, provocaron una revuelta en las calles de la capital en protesta contra el Gobierno, que había aceptado el acuerdo secreto por el cual Japón iba a hacerse con el control del antiguo puerto alemán de Tsingtao. Estaba en el ambiente que el Gobierno de Pekín había recibido grandes sumas de dinero de manos del Japón para este arreglo. Los estudiantes incendiaron la residencia de uno de los ministros venales y, con un amplio apoyo ciudadano e incluso de los campesinos de las aldeas cercanas, forzaron al Gobierno a volverse de su decisión y autorizar a la delegación china, en la conferencia de paz de Versalles, a que se negara a firmar el tratado. El «Movimiento del 4 de mayo», como ha llegado a ser conocido, tuvo amplias repercusiones en toda China; fue la primera señal de una nueva fase de la revolución, un alzamiento contra la dictadura de Occidente en los asuntos y en el destino de China, y la primera reacción abierta de la generación desarrollada desde la caída del imperio.

Seis años más tarde, el 30 de mayo de 1925, se produjo otro violento incidente al disparar, contra manifestantes estudiantiles en Shanghai, la policía de la concesión internacional. La reacción en esta ocasión alcanzó a toda la nación. Se produjo un «boicot» total contra el comercio británico y japonés. Los trabajadores se retiraron de Hong Kong y la ciudad quedó totalmente paralizada. Poco después se produjeron manifestaciones y enfrentamientos armados en Cantón. Se establecieron piquetes en los puertos francos, y estos grupos se constituyeron en una especie de milicianos. El gobierno de Pekín y los militaristas eran espectadores de un estado de cosas que no comprendían y que tampoco podían controlar. El Ejército se convirtió en objetivo de la crítica popular que le reprochaba que, en lugar de defender el país frente a los extranjeros, se dedicaba a expoliar a los campesinos y a debilitarse en guerras intestinas. Estos incidentes desprestigiaron enormemente a las fuerzas armadas del país. Fue un movimiento premeditado, y empleado por el Partido Nacionalista y el recién creado Partido Comunista, para acrecentar su influencia.

Nos explica el autor de estas páginas con radical minuciosidad la problemática de las dos Chinas y, sobre todo, el largo proceso hacia el poder desplegado por Mao Tse-Tung. Sería hartamente prolijo y no tendría sentido, para valorar adecuadamente el trabajo efectuado por J. N. Servert, detenernos en algunos de esos aspectos o etapas. Vamos a indicar simplemente que,

RECENSIONES

en efecto, Mao estuvo convencido siempre de que el depositario de las grandes virtudes chinas era la clase campesina. Su opinión sobre la gente de la ciudad era negativa. Hsiao San, un amigo de su infancia, recordará: «Mao amaba a los campesinos y a ninguna otra gente. Lo que apreciaba de ellos era especialmente su amabilidad y su predisposición a la ayuda. Mao decía que la gente de la ciudad no socorría a nadie y no era amable por naturaleza.» La misma desconfianza mostró siempre por los delegados de la Comintern y por los comunistas extranjeros que pululaban por los grandes centros urbanos e intentaban imponer sus puntos de vista a los dirigentes chinos...

* * *

Posiblemente, al menos a nuestro modesto parecer, las mejores páginas de este libro—las más logradas—son, precisamente, las referentes a la célebre Revolución Cultural: «Aunque el origen real de la Gran Revolución Cultural Proletaria se remonta a los años en que se estableció el sistema de comunas agrarias, no es menos cierto—nos indica el autor—que fue el propio Mao quien, en 1966, en su primera aparición en público—después de una larga reclusión, que fue interpretada de muchas maneras—, la lanzó de un modo oficial, y llevó adelante la acción de los Guardias Rojos, cuyas filas se nutrieron en su mayoría de jóvenes con edades entre catorce y dieciocho años, y no, como se creyó durante mucho tiempo, con universitarios, que fueron los menos.»

El movimiento, dirigido en principio contra «las viejas formas de pensar, actuar y trabajar», contra el pueblo «burgués»—formado por gentes de nivel académico—, y contra los propios intelectuales, tuvo pronto como objetivo directo los cuadros del propio Partido Comunista, especialmente a Liu Chao-chi, jefe del Estado y durante mucho tiempo organizador del aparato maoísta. El intento de Mao, con este movimiento, era producir una nueva forma de sociedad comunista, libre de la rigidez jerárquica de los primeros tiempos del Partido Comunista. «Mao cree que, a menos que consiga esta meta, la sociedad china retrocederá—como considera que está ocurriendo en la URSS—hacia un sistema de vida burgués, al endurecerse y estancarse, en sus formas vigentes, los privilegios adquiridos en la nueva división de clases, que diluyen el entusiasmo revolucionario primitivo...».

Analizando otros aspectos esenciales del comportamiento sociopolítico de Mao Tse-Tung llega el autor a la conclusión, realmente importante, de que la postura china ante la guerra es de una claridad meridiana. No la desea, nunca la provocará e intentará evitarla, pero en caso de ataque se defenderá. La razón es muy sencilla: quiere evitar tener que reconstruirse. Cuando Chen Yi, ministro de Asuntos Exteriores, realizó aquellas belicosas declaraciones, en diciembre de 1965, en las que dijo que esperaba la agresión norteamericana, porque sería el fin de los Estados Unidos, no hacía más que utilizar un antiguo método chino para atemorizar al enemigo. Durante miles de años, los chinos usaron esta estrategia. Cuando dos ejércitos se encontraban en el campo de batalla hacían muchísimo ruido, batían metales y agitaban toda clase de animales fantásticos, especialmente dragones, intentando así producir el pánico en las filas enemigas y, de este modo, evitar

RECENSIONES

el derramamiento de sangre. Chen Yi no había olvidado esta costumbre de sus antepasados y, llegado el momento adecuado, la puso en práctica.

Una verdad ineludible es que, efectivamente, la Gran Revolución Cultural, en menos de un mes, había triunfado en casi todas las universidades de Pekín, Shanghai y Nanking, y en la gran mayoría de los restantes centros de enseñanza de las ciudades más importantes del país. Todo esto no ocurrió, por supuesto, sin tropiezos y dificultades. La juventud china, hasta entonces sujeta, se vio liberada de las trabas que le impedían pensar por sí misma, libre para juzgar a quien se le antojara. En un principio, como es lógico, estuvo desorientada, luego exaltada, pero más tarde demostró que sabía canalizar su pensamiento en la dirección en que era más útil a la Revolución Cultural.

* * *

Destaca J. N. Servert que otra de las características más acusadas de la política maoísta ha consistido siempre, en el curso de su largo mandato, en saber movilizar a las masas: «Las campañas de masas son una característica distintiva de la escena política china, tanto históricamente, con respecto a los anteriores gobiernos chinos, como comparativamente, en cuanto a otras naciones comunistas, o en vías de desarrollo. Pekín ha confiado siempre en las campañas de masas para movilizar al pueblo chino en apoyo de sus programas políticos y económicos, y las modificaciones de estos programas han supuesto, a su vez, cambios en la naturaleza de las campañas de masas.

En definitiva, enseñanza final que se nos depara en estas páginas, para la China maoísta parece ser que ha pasado el tiempo de las convulsiones y de las rivalidades políticas. Así lo ha considerado el presidente Mao, quien ha dicho que ha llegado el momento de que «se tranquilicen las cosas» en China, después de ocho años de Revolución Cultural y de «Crítica de Lin Piao y de Confucio». China, piensa el autor de este libro, inicia —al parecer— lo que constituirá su auténtico futuro.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

ESTEBAN POLAKOVIC: *¿Qué es una nación?* Buenos Aires, 1976. Asociación Cultural Eslovaca, 205 pp.

Vivimos la auténtica era de las Naciones. A partir de la Revolución Francesa, Europa y gran parte del hemisferio occidental experimentan un espectacular proceso de formación de las naciones, especialmente entre 1848 y 1918. Hasta entonces, normalmente eran las dinastías y la aristocracia que figurarían como «nación», frente a la mayoría del estado llano. Los continentes asiático y africano conocen este proceso sólo en el presente siglo, y de una manera tormentosa, sobre todo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, debido a la descolonización. Sin embargo, este fenómeno parece no tener



fin, ya que nuevas naciones seguirán apareciendo también durante el siglo xx. Se borrarán muchas fronteras y surgirán otras, dentro de las cuales se formarán nuevos Estados con los intentos de identificarse con la Nación, cuya razón de ser consiste en la capacidad de sobrevivir cualquier forma de Estado o su organización política y social.

Se objetará que la tendencia gira en torno a agrupaciones regionales, continentales y hasta intercontinentales, con el correspondiente deterioro de las naciones. Tal opinión resulta sumamente dudosa ya por el hecho de que puede haber naciones unidas por razones prácticas en forma de colaboración mutua, pero nunca se llegará a una «nación europea, asiática, africana o latinoamericana»; acaso a un Estado o confederación de Estados, lo cual, a pesar de toda clase de especulaciones, no significaría la desaparición de las naciones englobadas en esta forma de organización política y jurídica. Un argentino no siente que su nacionalidad fuera «latinoamericana», mexicana o uruguaya, aún menos brasileña, sino tan sólo argentina. Igual ocurre con un boliviano, venezolano o chileno.

Hace casi noventa años, Ernesto Renan¹ consideraba que una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, en realidad, tan sólo hacen una y constituyen esta alma: la una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos y tradiciones; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos; una nación es, pues, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer. La existencia de una nación es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida. Por sus facultades diversas, con frecuencia opuestas, las naciones sirven a la obra común de la civilización. Renan, gran admirador de la antigua monarquía francesa, concluye, sin embargo, su teoría de la nación como sigue: el hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni del curso de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia moral que se llama *nación*. Esta conciencia moral es legítima y tiene derecho a existir, en tanto pruebe su fuerza por los sacrificios que exige la abdicación del individuo en beneficio de una comunidad².

Esteban Polakovic, penetrante pensador centroeuropeo³, se plantea la misma problemática que Renan: *¿Qué es una nación?*, abordando los siguientes temas, relacionados estrechamente entre sí, y constituyendo, por tanto, un cuerpo homogéneo: ¿qué es el ser nacional?; la cultura como esencia de la nación, que incumbe a la nación; la razón de ser de la cultura esclarece la razón de ser de la nación, la nación y el Estado...

Fruto de unas largas investigaciones, la presente obra evidencia la madurez conceptual de su autor en sus cuatro puntos cardinales. Actualiza y agudiza un problema actual y agudo ya de por sí, pero aportando una

¹ ERNESTO RENAN: *¿Qué es una nación?* (Trad. y estudio preliminar de Rodrigo Fenández-Carvajal.) Madrid, 1957, Inst. de Est. Políticos, 106 y 107, también 109.

² *Ibid.*, 110.

³ El autor nació en 1912, en Eslovaquia. Profesor de Filosofía, publicó en su idioma diversas obras, como *Introducción a la filosofía*, *El concepto integral de la filosofía*, *Nuestro espíritu*; luego *L'évolution des idées fondamentales de la politique slovaque* y *Warum eine freie Slowakei?* Desde 1947 vive en Argentina.

serie de elementos que bien pudieran contribuir a una reconsideración global de esta cuestión desde el punto de vista no solamente teórico, sino también práctico, especialmente cara al futuro de la Humanidad.

El autor ve la verdadera historia de la nación en la historia de su cultura; si bien interesan las guerras de nuestros antepasados, más atraen las huellas de su camino hacia lo ignoto: sus escrituras, correspondencias, literatura, poesía, cantos, etc., es decir, todas las obras que manifiestan y confirman su cultura. Porque el hombre no sólo quiere ser dueño de su futuro, sino también de su pasado, aspecto complementario de su ser.

Cuantas naciones, tantas culturas, observa el autor, ya que se obvio que sea así porque al estar la esencia de la nación en la cultura, la individualidad nacional es respaldada y confirmada por ella; por ello, la multiplicidad de naciones, lejos de ser un obstáculo, es fundamento de la belleza vital porque las múltiples culturas ornan el género humano; la variedad de naciones está incluida en el código predeterminado e impuesto al proceso histórico, del mismo modo que la existencia de otros seres es regida por su código peculiar.

La cultura, según el autor, y sus diferentes aspectos son asimilables por su afinidad esencial al espíritu humano y su continua incorporación, revestida de la lengua nacional o asumiendo formas de expresión nacionales, se transforma en herencia común a todos, convirtiéndose, asimismo, en elemento decisivo de la psique colectiva y aporte a la consistencia siempre mayor del ser nacional. Por tanto, todos los miembros de la nación tienen derecho a la cultura, tanto activa como pasivamente. La persecución de los profetas de las distintas naciones y nacionalidades de la URSS es un cuadro desolador que prueba y comprueba el alcance de la opresión en pleno siglo xx.

La religión y la cultura están íntimamente ligadas entre sí. En las comunidades primitivas ambas se identificaban—el arte era arte sacro—. En las comunidades nacionales, religión y cultura comparten una misma naturaleza espiritual. Toda creencia religiosa tiende, esencialmente, a la espiritualización humana, porque quienes pugnan sinceramente por la espiritualización de sus semejantes con sus obras literarias y filosóficas llevan a cabo una obra titánica que se transforma en infraestructura de la religión.

En virtud de estas realidades, la humanidad habría de modificar la imagen del mundo contemporáneo, demasiado civilizado pero poco culturalizado, ya que incluso la seudocultura, la de los quioscos, no es sino un cáncer de nuestra civilización. Entonces, en relación con la nueva época de la Humanidad, habría que revisar la valoración de los hechos históricos y, a continuación, modificar su enseñanza. No todo es motivo de gloria en la historia de las grandes naciones. El caso de Inglaterra: todas sus guerras fueron victoriosas, pero no por ello gloriosas...

No cabe duda: el espíritu es la base creadora que, junto con otros elementos constitutivos, lleva al hombre a la cultura en sus manifestaciones multifacéticas que, al fin y al cabo, localizan y determinan la naturaleza de la nación. Y su función entre las demás naciones del Globo. Por esta razón, la URSS no es una nación, sino un Estado, un conglomerado de naciones y nacionalidades, o grupos étnicos y minorías religiosas, hasta raciales. Tampoco Checoslovaquia es una nación, igual que Yugoslavia. En realidad, examinando a fondo esta cuestión, sería dudoso encontrar un solo

RECENSIONES

Estado en Europa y fuera de ella que pudiera ostentar el calificativo Estadonación, o viceversa.

Basada en una sólida fuente bibliográfica, la obra brinda un excelente mosaico de ideas y sugerencias que siguen su curso lógico y bien estructurado en cuanto al planteamiento de la cuestión de «ser nacional».

A título de orientación diremos, finalmente, que el autor está preparando otras tres obras sobre la misma problemática; a ver: *La formación del ser nacional*, *Los derechos de las naciones* y *La ontogénesis nacional argentina*. Una vez completa la obra, creemos que cuajará perfectamente en la mente de las nuevas generaciones de intelectuales dentro de la propuesta hecha aquí, en este primer volumen, consistente en la necesidad de crear una nueva disciplina, que sería la *nacionología*, término nuevo que bien pudiera enraizar conceptualmente con el *Werdegang*, con el proceso histórico de formación de las naciones, sobre todo en relación con la elaboración de nuevas estructuras para con la *convivencia* auténticamente *internacional*; aún más, dada la circunstancia de que la actual «coexistencia interestatal» no aporta frutos deseados, precisamente por ser los predicadores de la misma los que la boicotean sin escrúpulos de ninguna clase, evocando una doctrina que sólo finge pero no distingue la teoría de la realidad; tanto el capitalismo como el marxismo son concepciones superadas, porque la Humanidad ha entrado con pleno derecho en la era de las naciones, tal como ha sido preconizada por el filósofo eslovaco hace casi ciento cincuenta años, L. Štúr, y vislumbrada en el presente siglo por A. Toynbee.

STEFAN GLEJDURA

ANOUAR ABDEL-MALEK: *Egipto, sociedad militar*. Colección «Tercer Mundo». Editorial Tecnos, 490 pp.

Egipto ha atraído la atención mundial especialmente desde el golpe de Estado militar de julio de 1952. La revuelta de los jóvenes oficiales, la abolición de la Monarquía, la revolución acaudillada por Abdel Nasser, la nacionalización del Canal de Suez, la expedición militar anglo-francesa y las sucesivas guerras con Israel, etc., son temas, entre otros muchos, que han provocado oleadas de expectación en la opinión pública mundial manteniendo a Egipto en permanente actualidad durante el último cuarto de siglo. Durante ese tiempo, los testimonios demostraban que algo muy profundo estaba ocurriendo en el país. No obstante, el gran público occidental desconoce las raíces profundas en que se basa la experiencia egipcia. Los factores son, sin duda alguna, muy complejos: militares, políticos, sociales y económicos.

Por ello resulta alentador que la prestigiosa Editorial Tecnos, en su colección «Tercer Mundo», dirigida por don Raúl Morodo, haya puesto al alcance del público de habla castellana esta obra de gran valor en la que Anouar Abdel-Malek efectúa un riguroso análisis de la problemática sociopolítica egipcia, descubriendo las corrientes fundamentales que presidieron la construcción de su singular experiencia. Escrita en 1962, esta obra conserva plena vigencia porque los factores sustanciales que analiza, de forma singularmen-

RECENSIONES

te objetiva, deben conocerse y entenderse siempre que se trate de interpretar la revolución política del país.

Una revolución—cuyas dimensiones y limitaciones señala el autor—que resultaba inaplazable puesto que Egipto, hasta 1952, estaba gobernado por los partidos que defendían los intereses de la gran burguesía (banca, industrias, negocios) en estrecho acuerdo con Londres y Washington, que pensaban en el país del Nilo como «la gran plantación algodonera de Lancashire» y una base militar de primer orden. En ningún momento consideraron los dirigentes políticos «la idea de llevar la revolución al corazón de la estructura social; de repartir mejor la tierra; de atacar los derechos de la gran burguesía, que despoja a los humildes en estrecha asociación con la alta finanza británica internacional». Los mayores capitalistas y latifundistas se turnaban en la dirección de los partidos y del Gobierno y con su poder cerraban el paso a cualquier tentativa de modificación de las estructuras.

A estos factores se agregaba la frustración del nacionalismo de las masas que contemplaban el vasallaje del país. «En la mañana del 4 de febrero de 1942, los tanques británicos rodean el palacio de Abdine e imponen a Faruk un ministerio presidido por Mustafá El-Nahas, que acepta volver al poder "sobre la punta de las bayonetas inglesas", como se diría más tarde.»

Tales realidades habían de afectar, de forma hiriente, al Ejército, que en 1952 «ya no es el de 1882», puesto que «en 1936, tomando como pretexto las obligaciones militares impuestas a Egipto por el tratado anglo-egipcio, Mustafá El-Nahas aprovecha la ocasión para abrir las puertas de la Academia Militar a jóvenes cadetes procedentes de las clases medias. Hasta entonces los reglamentos anteriores hacían de aquélla un feudo de los hijos de las grandes familias. Los jóvenes cuadros que reciben su primera estrella de alférez de 1938 a 1940, están todos profundamente impregnados de ideas nacionalistas». Siete de esos «oficiales libres» son los que—ante los escándalos del aprovisionamiento de armas defectuosas y la derrota de Palestina—ocupan el cuartel general del Ejército en Abbasieh, al alba del 23 de julio de 1952, arrestan al alto mando y conquistan el poder. Tres días después, el rey Faruk debe abdicar y abandonar definitivamente Egipto.

Anouar Abdel-Malek dedica 150 páginas, una parte considerable de su obra, al examen de la «naturaleza social del régimen militar»: los problemas de la tierra y la industria, desmantelamiento de la antigua burguesía y surgimiento de una «nueva clase» tecnocrática. Son aspectos imprescindibles para el entendimiento del panorama egipcio de hoy y están expuestos con rigor. De esta densa exposición podemos destacar que al advenimiento del régimen militar «280 propietarios poseen 583.400 feddans, el 0,01 por 100 de los propietarios son los poseedores del 10 por 100 de las tierras», «el núcleo más importante lo constituía Faruk y la ex familia real: 150.000 feddans de las mejores tierras para el conjunto familiar, una renta anual de 750.000 libras egipcias». La burguesía media agrícola sólo poseía de cinco a 50 feddans. El 9 de septiembre de 1952 se instituye la reforma agraria fijando el límite de la propiedad agrícola en 200 feddans por cada propietario; las tierras expropiadas se distribuirían por el Estado a los fellahs en el plazo de cinco años. Diez años más tarde, en 1962, se habían redistribuido 645.642 feddans. No obstante, Abdel-Malek piensa que «la reforma agraria ha sido concebida y realizada desde arriba para prohibir toda iniciativa revolucionaria a los fellahs». En septiembre de 1958 se modificaba la ley de reforma agraria reba-

RECENSIONES

jando el límite de propiedad desde 200 a 100 feddans. Al mismo tiempo funcionaban 272 cooperativas que agrupaban a 82.366 fellahs. «La experiencia de la reforma agraria parece haber aportado algunos frutos.»

En el ámbito político, Abdel-Malek escruta las disidencias que determinaron la caída de Naguib y el ascenso de Nasser que, desde la primavera de 1954, es «dueño y señor único del poder político en Egipto». La nación ha entrado en la fase de recuperación de sus derechos que culmina, el 19 de octubre de 1954, con el tratado anglo-egipcio de evacuación de la base del Canal de Suez. Pero fracasaron todas las gestiones con los Estados Unidos para obtener las armas necesarias para hacer del Ejército egipcio el equivalente del israelí. «Nada puede hacerse, contestan en definitiva los americanos, en tanto que Egipto no acepte el adherirse a un organismo de defensa colectiva, decisión que El Cairo se niega a tomar.» El 27 de septiembre de 1955 Nasser anuncia un acuerdo con Checoslovaquia que suministrará armas «según las necesidades de Egipto y sobre bases estrictamente comerciales». El 19 de julio de 1956 Foster Dulles «notifica con brutalidad al embajador egipcio la decisión americana de no participar en las obras de la presa de Assuan; el día 20 Inglaterra repite el ejemplo de Washington». El 26 de julio Nasser nacionaliza la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez. El 29 de octubre Israel invade el Sinaí y el 31 el cuerpo expedicionario anglo-francés entra en acción en la zona del canal. Washington presiona sobre sus aliados para detener la invasión militar y la URSS dirige un ultimátum a Ben Gurion, Mollet y Eden que determina el cese de la confrontación bélica. Esto «va a provocar el desenraizamiento de todos los recursos del imperialismo en Egipto y proporcionar asimismo al régimen militar una fuente inesperada de acumulación que hasta entonces le negaban».

Los anteriormente citados son hitos que conviene recordar para formar una idea del áspero y difícil camino que tuvo que salvar la revolución de Nasser. Existieron fracasos, como la unidad sirio-egipcia, pero Egipto había alcanzado un papel de protagonista en los asuntos mundiales, habiendo alejado de sí el vasallaje británico. Se implantaba un socialismo peculiar, en el que el Estado aumentaba considerablemente su papel en la vida económica «en detrimento del sector privado», como deduce Abdel-Malek después de un amplio examen de la cuestión. Los Bancos, las industrias pesadas, los transportes, el comercio exterior y las principales sociedades eran nacionalizadas; se establecen los planes quinquenales y toda la prensa es transferida a la «Unión Nacional». «La gran burguesía ya no tiene la influencia política de que gozaba en el curso de los años 1955-1958.»

El aspecto social y el de la ideología nacional son dos elementos básicos en el texto de esta obra. También dedica mucha atención al estudio del neutralismo, columna vertebral de la política exterior egipcia, plasmado en el movimiento de los países no alineados del que fue Nasser uno de los fundadores, junto a Nehru y Tito. Todos estos aspectos—relatados con detalle y gran acopio de datos por Abdel-Malek—hacen singularmente apasionante la experiencia egipcia. Como dice el autor, «nos hallamos en presencia de una experiencia de edificación nacional, más exactamente nacionalista, a la cual la coyuntura mundial, por una parte, y el carácter particularmente agudo de las necesidades humanas egipcias, por otra, han conducido a

RECENSIONES

la adopción de un dirigismo estatal que se inspira en las formas avanzadas del *Welfare State*».

En definitiva, *Egipto, sociedad militar* es una obra imprescindible para comprender cuanto acontece actualmente en aquella nación árabe.

JULIO COLA ALBERICH

ENRIQUE FERRER VIEYRA, C. S. JHA, y J. A. SAWE: *Informe sobre las estructuras regionales del sistema de las Naciones Unidas*, ONU, Ginebra, febrero 1975, 185 pp. ENRIQUE FERRER VIEYRA: *Integración latinoamericana*; Informe sobre la cooperación técnica prestada por el sistema de las Naciones Unidas, ONU, Dependencia Común de Inspección, Ginebra, abril 1976, 48 pp. ENRIQUE FERRER VIEYRA: *Asia y el Pacífico*; Informe sobre la cooperación técnica prestada por el sistema de las Naciones Unidas a los movimientos regionales y subregionales de integración y cooperación, ONU, Dependencia Común de Inspección, Ginebra, octubre 1976, 47 pp.

El doctor Ferrer Vieyra, embajador de la República Argentina y jurista de prestigio internacional, es el autor de estos tres volúmenes que resultan singularmente valiosos para el conocimiento de algunos de los aspectos más importantes implicados en el sistema de las Naciones Unidas.

El informe, denso y documentado, sobre las estructuras regionales fue redactado por el doctor Ferrer Vieyra y sus dos colaboradores para cumplir lo dispuesto en la resolución 1.756 (LIV) del Consejo Económico y Social de la ONU, que pedía al secretario general que «presente en su 58.º periodo de sesiones un nuevo informe sobre las estructuras regionales del sistema de las Naciones Unidas tendiente a su gradual simplificación y a su adaptación a las realidades, necesidades y aspiraciones de cada región sobre la base de un análisis a fondo de esas estructuras y de las atribuciones de las respectivas oficinas regionales». Se trataba de una necesidad urgente, pues resulta evidente que los Estados miembros están plenamente convencidos de la imperiosa necesidad de que se confiara a las comisiones regionales un papel importante, en sus regiones respectivas, en la coordinación de la estrategia internacional del segundo decenio para el desarrollo y en el examen y evaluación de dicha estrategia. «Hoy el enfoque regional es un hecho vital. En todas las regiones, en grado variable, hay una fuerte tendencia hacia la cooperación e integración regionales y subregionales.»

Después de pasar revista a la «variedad casi caleidoscópica de estructuras regionales en las diferentes organizaciones del sistema de las Naciones Unidas»¹, los autores analizan los métodos vigentes de cooperación y coordi-

¹ Las cinco comisiones económicas regionales de la ONU: Europa (CEPE), Asia y Pacífico (CESPAP), América Latina (CEPAL), África (CEPA), y Asia Oriental (CEPAO). Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), UNICEF, ONUDI, PMA, OIT, FAO, UNESCO, OMS, BIRF, AIF, CFI, FMI, OACI, UIT, UPO, OMM, OCMÍ y OIEA.

RECENSIONES

nación, así como las actividades en los planos nacional, regional e intergubernamental. El examen es profundo y merced a él se puede conocer el funcionamiento de ese vasto complejo de organizaciones que tanto representan en el mundo actual. En el capítulo V se procede al análisis crítico de las estructuras regionales existentes, expresando el criterio de que deben adaptarse a la evolución dinámica de la situación mundial y ajustarse a las urgentes tareas de desarrollo que se plantean a los Estados miembros.

Como resultado de esta labor analítica —que descubre aspectos poco conocidos del entramado organizativo— los autores formulan una serie de 23 recomendaciones que resultan del máximo interés. En definitiva, es un trabajo valioso en grado sumo para quien trate los temas de la organización internacional.

La «integración latinoamericana» es el tema del segundo trabajo del doctor Ferrer Vieyra. La dilatada experiencia del autor obtenida durante muchos años de fructífera labor en organismos de la esfera americana, determina que este informe sea un enjundioso instrumento para la comprensión de los procesos de integración económica y social que se están desarrollando en aquella región del mundo. Por otra parte, en nuestra opinión, es en este sector económico y social donde las Naciones Unidas están logrando sus mayores éxitos, que compensan los fracasos obtenidos en la esfera puramente política.

Después de mencionar los diferentes movimientos integracionistas que existen en la América Latina pasa revista a las características que definen el tránsito del crecimiento al desarrollo y de los planes nacionales a los multinacionales. A través de páginas muy densas expone los siguientes procesos: centroamericano, andino, del Caribe y los proyectos regionales. La información que suministra es prácticamente exhaustiva. A continuación verifica el examen del sistema de las Naciones Unidas y los procesos de integración, refiriéndose a los proyectos ejecutados por las agencias pero financiados por el PNUD. Sigue una breve exposición acerca de la «cooperación entre países en desarrollo» y termina con unas conclusiones en las que —entre otras— se afirma la necesidad de concentrar los esfuerzos «en las necesidades inmediatas de los sectores más pobres y vulnerables de la sociedad para mejorar la calidad de sus vidas» (primera) y que «los recursos del PNUD y de los organismos especializados deben distribuirse en forma más equilibrada entre los componentes sociales y económicos del desarrollo» (quinta). Estas dos recomendaciones que entresacamos —ya que la falta de espacio no nos permite extendernos— demuestra cuán hondamente ha sabido calar en la realidad la mente aguda del doctor Ferrer Vieyra y que en la simbiosis economicosocial, con acento en la última, radica la clave de la solución de muchos de los problemas que afectan al mundo no desarrollado.

Asia y el Pacífico es el tercero de los magistrales informes del doctor Ferrer Vieyra que ahora comentamos. La integración regional, en su opinión, «es un proceso que exige mucho, tanto en lo político como en lo económico, y que para tener éxito necesita el continuo apoyo de las masas. Si una gran parte de la población no tiene un papel bien determinado que desempeñar en la integración, no puede esperarse que esta población la apoye». Es una realidad digna de meditación. Porque la realidad demuestra que, a pesar de

RECENSIONES

los esfuerzos realizados², el panorama económico y social, especialmente en Asia, se ha deteriorado gravemente y esto, tal vez, radique en que no se haya conseguido determinar el papel de grandes masas de la población, como tan acertadamente insinúa el autor.

Por ello, entre las conclusiones, el embajador Ferrer Vieyra advierte que la «cooperación técnica debe poner énfasis creciente en los proyectos a aprobarse en el futuro, en los aspectos no económicos de la integración, o sea en la integración social». Esta es, efectivamente, la premisa para la resolución de muchos de los problemas que se plantean en el Asia de hoy, tal como hemos apreciado personalmente en la región asiática y cuya realidad está fielmente reflejada en este trabajo tan valioso del embajador argentino. Es de desear que sus profundas recomendaciones sean tenidas en cuenta por lo que pueden significar para el porvenir de una gran parte de la Humanidad.

JULIO COLA ALBERICH

² «Entre 1950 y 1975 se proporcionó capacitación técnica a 108.000 aprendices y estudiantes y se puso a disposición de los gobiernos los servicios de 27.000 expertos. Se invirtió en la cooperación técnica un total de casi 2.500 millones de dólares» (p. 10).

